

Mi vida junto a él
Por Rubén Firciotta

A mi padre

Estabas sentado frente a un revolver. La ventana estaba abierta y era de mañana. Sabías que tu vida acababa allí. Fueron cincuenta años. Nunca fueron tuyos, por lo demás. Nunca pudiste dominar ni siquiera una situación durante periodo alguno de tu existencia. Él se interponía, inexorablemente, entre tu visión del mundo y tu realidad. No te posibilitó, tampoco, experimentar aquello en lo que creías con vehemencia, respecto a que las experiencias de tu mente podrían ir mas allá de lo permitido por tu pensamiento lógico.

Todos tus recuerdos están marcados por su intransigencia.

Tendrías seis años cuando tus padres te llevaron a una ciudad con sierras para tratar de curar un ataque de asma; el hotel te parecía insoportable; las horas no transcurrían. Le pediste a ellos que trajeran algo para entretenerte. Al cabo de treinta minutos, una hora, tal vez dos (fue una espera nerviosa e interminable), aparecieron, y con una sonrisa satisfecha te entregaron un juego que recibiste con gratitud; sin embargo, aunque aún no lo conocías ni sospechabas de su existencia, lo que después representaría él se interpuso y te hizo llorar de tal manera, con tanta cólera, que finalmente obtuvo lo que quería; tus padres se pelearon entre sí, se reprocharon durante días, se disputaron tu adhesión al uno en contra del otro.

Siempre debiste mantener tu circunspección y tu seriedad; él te obligó a sostenerla y te impidió liberarte de esa fachada, lo que te hizo, de chico, ser un deportista sin entusiasmo, y de grande, un amante sin pasión.

A los doce años te enamoraste perdidamente de A.; pero no, ella era fea, poco mujer para vos, opinó él; viviste dos años torturándote, hasta que D. te volvió loco; ninguna mujer era más hermosa; saliste con ella dos veces y creíste que duraría toda la vida; pero no, finalmente te hizo ver que era demasiado bella, demasiado hembra, y que jugaría con vos hasta dejarte.

Cuando F., la madre de uno de tus mejores amigos, (a quien secretamente deseabas, pese a la oposición de él) literalmente te violó, el sentimiento de culpa superó al de gozo y siempre que ella quiso repetirlo, vos no pudiste; tenías quince años; desde entonces, sólo funcionaste con las putas, quienes te eran indiferentes.

A los diecisiete años fuiste lejos de tu casa, y comenzó tu carrera universitaria. No comprendés hasta hoy, porqué ese período de tu vida fue el más feliz. Pese a continuar sojuzgado a los principios rígidos que él te imponía, te sentiste por momentos libre, y a veces pudiste actuar tal como suponías que eras. Claro, te forzó a estudiar una carrera que odiabas, abogacía, porque debías mantener aquellos principios y debías acompañar los estudios elegidos por tu compañero de la infancia. Por tu parte, desde los nueve años sostuviste ante quien te quisiera escuchar que ibas a ser abogado, al igual que tu inocente amigo; y aunque a los diecisiete pensabas que tu vocación era otra, él te obligó a mantenerte en aquella, tu mecánica expresión de los nueve años, porque vos, nada menos, no podías echarte atrás en una decisión. Tu carrera se fue desarrollando con la misma mediocridad que tu vida había tenido; inclusive creíste ver en él un desinterés por ella, una indiferencia, que parecía estar de acuerdo con la falta de tenacidad con la que afrontabas las cosas que, en realidad, no te importaban. Al fin, te hizo jugar su partida: el sometimiento al fatal destino impuesto por las reglas del juego social, antes que tratar de vencerlas, aún derrotando primero tu propio temor; el auto control, antes que la atención del desafío; la representación, antes que la autenticidad; el aceptar lo por supuesto, antes que buscarle un sentido.

A los veinticinco años llegó H. a tu vida. Él te comentó que la consideraba perfecta. Lo suficientemente hermosa, lo suficientemente inteligente, lo suficiente atrevida para salir del estereotipo del común, pero lo suficientemente medrosa como para no torcer el rumbo de las cosas.

Naturalmente, él compartió con fruición el lecho conyugal; cada vez que amabas a tu mujer, él no tardaba en imitarte; los hijos que nacieron, podría decirse que eran hijos de él tanto como tuyos. Nunca te atreviste a averiguarlo.

Mientras seguía manejando las cosas de acuerdo a su voluntad, vos seguías ejerciendo la práctica habitual de la resignación. O peor aún, llegaste a disciplinar tu pensamiento hasta que predominase el olvido de todo, olvido que no era mas que una actitud de sumisión a sus designios y renunciación a tu propia vida.

Al poco tiempo de casado, ya recibido e instalado en una ciudad junto al mar, comenzó el ejercicio de la profesión y la vida social, de una manera diferente a todas las etapas anteriores de tu vida. Ya no eras un proyecto, eras una persona instalada en una comunidad, tenías un *estado social* que él gozaba y vos rechazabas, en un choque de fuerzas que, en este caso en particular, terminaban neutralizándose y dando como resultado la nada. En realidad, si antes apenas existías, ahora eras un autómatas que cumplía medianamente su trabajo, ganaba medianamente dinero y tenía una vida medianamente confortable. Pero él nunca te dejó pensar en este tipo de cuestiones. Vos preferiste adoptar la actitud distante de siempre. A él lo complacía y para vos era cómodo. Sin embargo, aparecieron en el horizonte dos cuestiones que te enfrentaron a él (dentro de lo que significaba para vos enfrentarlo) y que los sumieron a los dos en un profundo desasosiego: las mujeres y la política.

El siempre tuvo claro un principio: agradar a la gente y someterse a la tiranía de su opinión, buscando siempre la aprobación.

Tuviste la cobardía suficiente como para no transgredir jamás esas reglas de estereotipo. Él era demasiado poderoso como para apartarte de su juego, y temías que convirtiera tu vida en un infierno si te atrevías a hacerlo.

Y las mujeres: cuánto tiempo habrás perdido soñando despierto como seducirlas, cuánto mas arrepintiéndote por no haberlo hecho. Cuántas veces habrás hecho el amor a tu mujer, pensando que lo hacías con aquellas otras que deseabas y no te animabas; ¿habrá sentido tu mujer esta simulación y habrá callado?.

Si toda tu vida fue una traición a vos mismo, el hacerte actuar en la vida pública constituyó el mayor triunfo suyo porque caíste en otra alienación absoluta, que te lastimó más que ninguna otra de las autotraiciones a las que él te precipitó.

Durante gran parte de tu vida pensaste, o él te dejó pensar, que eras un hombre de los llamados progresistas, sin prejuicios de ningún tipo, abierto a todas las formas de pensamiento y de acción, especialmente en política y en arte, pero también en todo aquello que hiciera al ser humano como tal. Te creías un tipo libre de toda limitación, ambigüedad o mezquindad, y mucho menos con alguna señal de autoritarismo.

Sin embargo, la primera vez que te fue dada una oportunidad para participar en un gobierno que veías como atroz, sectario, intolerante, violento (y que en realidad lo era), no dudaste en aceptar (él no dudó en convencerte para que aceptes), y tomaste parte desde una posición no importante pero sí cómplice, de una de las más nefastas tiranías en la historia de tu país. Claro, ello no fue gratuito: trataste de huir de la realidad, y con la mayor de las condescendencias hacia vos mismo, justificar lo injustificable; de todos modos, él era feliz por todo ello, y mientras vos vivías las laceraciones que tus contradicciones te producían, él gozaba por ello y por lo actuado, y pretendía demostrártelo con lujosos viajes y otros tantos regalos. Nunca te perdonaste ser "colaboracionista", y sin embargo él vivía con plenitud cada trozo de lo pasado.

Así comenzaste a destruirte, a ser cada vez mas prisionero de esa dicotomía que te desgastaba hasta, casi, no dejarte respirar. Tu vida fue, a partir de allí, una serie de relaciones mecánicas, asfixiantes, donde cada minuto contaba como milenio y donde todo goce desapareció, así, sin anuncios. Tu vida se transformó en un árido transitar, sin límites y sin tiempo (él había, para entonces, llegado al apogeo de su poder sobre vos). Te sentías privado del honor (si es que lo tuviste), de tu hogar (que era a medias tuyo), para no hablar de tu familia. Y en la abulia en que te consumías dudabas entre la humildad de un deserción o la posibilidad de obtener poderes diabólicos para terminar con todo y todos, y en especial con él.

Pero tu vida había sido siempre contemplativa, y no variarías ahora. Salir de un letargo asumido como modo de ser desde chico, era tan impensable en vos como la posibilidad de liberarte.

Tu vida jamás estuvo rodeada de sueño, sino de pesadilla; pero la pesadilla en lugar de ser fecunda, estaba construida de aridez, de miedo, de esclavitud, de inmovilidad (o quizá de parálisis).

Poco a poco fue creciendo en vos la idea de matarte. No era una novedad que a él le disgustaba tan solo la aparición de esa intención en tu mente, puesto que así no tendría forma de dominarte, además de todas las amenazas que caían sobre él mismo. Pero extrañamente comenzaste a ocultar ese plan dentro de tu propio pensamiento y de tus acciones, hasta que comenzó a pasar desapercibido y, aparentemente, a desaparecer.

Tu mujer y tus hijos ya eran independientes, y por lo demás, ninguna otra cosa te importaba. No creías que nadie, salvo él, sintiera tu muerte muy a fondo. Realmente, comenzaste a percibir que a él tampoco le preocupaba demasiado. Te llamó la atención esa indiferencia, y el hecho de que te permitiera discurrir libremente sobre el tema..

Pero la decisión fue tomada.

Estabas sentado frente a un revólver. La ventana estaba abierta, y era de mañana. Pusiste el cañón del revólver dentro de tu boca. Estabas increíblemente sereno. De pronto, levantaste la vista y miraste al espejo. Tu rostro, con el cañón de un arma de fuego en tu cara (apretado por tus dientes), resultaba grotesco.

Creíste ver, dentro de esa masa de carne y metal que te era devuelta, que se esbozaba en tu boca una sonrisa. Sentiste un sudor frío, dudaste unos segundos, o minutos, nunca lo sabrías, y pusiste el revolver donde estaba antes de tomarlo.

Hesitaste un instante, lloraste por ser tan cobarde y, pasado (otra vez) no sabés cuánto, comenzaste a vestirte.

El reía abiertamente. Nunca dudó de tu conducta ni de tu cobardía. Cincuenta años compartiendo tu cuerpo eran suficientes.